

LA FERTILIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

10 cts.

DOMINGO 14 DE ABRIL DE 1850.

N.º 94.

QUINTA CURA DEL SEÑOR TAJUECO.

RÉCIPE.

Don Palinuro Palafox, Palomino y Paliza, doctor en medicina y cirujía por la universidad de Palencia, miembro honorario de la academia nacional de Palinodias en Palermo, director que fué de la casa de locos en la villa de Palos, catedrático de palotes y cartilla (vulgo maestro de niños) en la muy noble, muy leal y muy heroica villa de Palomeque, licenciado en Paleografía, tesorero de la empresa de minas La Diosa Palas, individuo de la Sociedad económica de amigos del Pais de Paleiras, de la provincia de Oviedo, ayuntamiento de Rivadeo y feligresía de Pianton, vocal nato y nunnato de la diputación de anticuarios de Palau de Riaup en Lérida, corresponsal del liceo de Palas de Rey en la Coruña, consultor de la academia greco-latino-hebreo-ruso-austriaco-caldea de Palenzuela, vice-presidente interino de la Sociedad del fomento de la cria caballar de San Juan de Pálamos, mayordomo ad-honorem de la real archicofradía de disciplinantes de Palol de Oñar, de Palol de Rebardit y de Palol de Salvadoria, todo en Cataluña, médico de cámara de S. A. el conde Palatino de Cracovia y Protomédico de los santos lugares de la Palestina &c. &c. &c.—Certifico: que la calentura poética del señor Tajueco se halla hoy día de la fecha en el estado que señala la nota adjunta, á que me remito. Y por ser verdad lo firmo en la ciudad de Cádiz á tal día, tal mes y tal año. (Hay una cruz.) Por no saber firmar lo

hace—El doctor Pedro Recio de Tirte-afuera.

El señor Tajueco sigue en las columnas de *El Progreso* la publicación de su novela con el título de *El Aquila de las tres cabezas*.

En el capítulo primero dice que una señora tenía nevado el cútis y sonrosadas las mejillas, garzos los ojos y negros, como los brilladores rizos de su cabellera.

La voz *garzo* significa cosa azul: de suerte que la heroína del señor Tajueco, guardaba entre sus hermosas pestañas unos ojos azules por una parte y negros por la otra.

Pero yo creo que nuestro novelista entendió que *garzo* equivale á dulce ó á gachon: de donde se deduce con evidencia que si la señora mencionada hubiera tenido ojos verdes en lugar de negros, el señor Tajueco por llamarlos *garzos*, les daría el nombre de verdes y azules, formando con estos colores el mas lindo tornasol que se ha visto en ojos de gatos, perro no en los de mugeres.

En el capítulo segundo, hablando de un gitano, pone en una preciosa copla este rengloncito que parece verso:

Y es mas jondo que el pozo de Airon.

Hasta ahora siempre se ha llamado el pozo *Airon*, y no de *Airon*. Pero el señor Tajueco necesitaba un *de* para llenar el sonsonete del versito.

Lo peor del cuento ha sido que una señora muy marisabidilla y que por lo tanto se saborea y se relame leyendo y releyendo la novela del señor Tajueco, á toda hora del día y de la noche, anda por esos mundos de Dios disputando con la mayor pertinacia, que pues nuestro poeta dice *pozo de Airon* en vez de *pozo Airon*, se debe decir *perro de pachon* en lugar de *perro pachon*, *perro de dogo* en lu-

gar de *perro dogo*, y *gato de mallés* en lugar de *gato mallés*.

• El señor Tajueco tiene una vasta erudición; y así al hablar de este pozo tan notable, nos refiere que es *pozo árabe de Granada, cuya profundidad se ignora, y que el pueblo cuenta de el mil anécdotas*. Y véase aquí cómo nuestro célebre novelista hace viajar á los pozos sin pasaporte.

De este modo, al *pozo Airon*, que tiene su residencia y casa abierta en el castillo de Gibralfaro de Málaga, el señor Tajueco sin encomendarse á Dios ni al diablo, en un santi-amen obliga á cambiar de domicilio, y le estiende en su novela carta de naturaleza para la ciudad de Grauada, donde desde luego lo aveccinda.

Con el agua que saca de este pozo, toma el amigo Tajueco el té todas las tardes, segun se deduce de lo siguiente:

«Encaminéme al gabinete, tomé asiento en mi favorita poltrona y pedí el té. Ya sabeis que nosotros hacíamos dos comidas, y que por la noche no tomábamos mas que una *taza de esta aromosa semilla de la China*.»

Esto de llamar el señor Tajueco *semilla* al té, es un descubrimiento botánico que no conoció Linneo. Sin embargo, ha dado ocasion al lance siguiente:

Cierto amigo nuestro observó un día de estos que su consorte estaba en la azotea de su casa revolviendo la tierra de unas cuantas macetas y preparándose á sembrar alguna cosa. *¿Qué estás haciendo ahí?* (le preguntó.)—*Nada, hijo mio*, (replicó ella) *nada mas que procurarte un ahorro diario de dos cuartos. Echando en esta maceta las semillas de ese papelon, tendremos abundante cosecha de una quisicosa que tomamos todos los dias en el almuerzo y en la cena*. Al examinar nuestro amigo las semillas, comenzó á santiguarse con grandes aspavientos, viendo que el papelon solo encerraba hojas de té.

No sabia yo (dijo) *que las hojas del té tuviesen tal virtud. Pero ¿de dónde has adquirido la noticia?*—*¿De dónde?* (respondió ella.) *¿De dónde quieres que sea sino de la novela El águila de las tres cabezas? Cuando el señor Tajueco afirma que el té es semilla, claro es que se puede sembrar á semejanza de los garbanzos, frijoles y lentejas*.

Calló el marido al escuchar tal razonamien-

to. A los pocos dias las macetas produjeron unas cuantas ortigas y jaramos, que fueron aquellas té negro y estos té blanco para la esposa de nuestro amigo. La buena señora, obligó un dia á su marido, que quiso que no quiso, á tragar agua caliente con sustancia de jaramos y ortigas.

No debió sentar muy bien en el estómago al señor Tajueco la *semilla aromosa de la China*, cuando echó por esos trigos con el fin de escuchar los cantos de los pájaros, que son *prestigiosos para el verdadero espiritualista, y solo dulces para quien vive sin extraer el élixir de las emociones, y que se esconden entre los pliegues del viento*.

El señor Tajueco sabe extraer el elixir de las emociones y esconderlo entre los *pliegues del viento*, pliegues que nadie ha visto, salvo el señor Zorrilla cuando comenzaba á escribir y corria sin freno cual caballo desbocado, y ahora nuestro novelista, que al querer imitar copia lo mas malo y lo que mas ha dado que reir á los criticos de la corte.

Luego que el señor Tajueco sorbió cuatro ó seis copas del elixir de las emociones, salió á la calle para meterse entre los pliegues del viento, cuando hé aqui que escuchó á una campana tocar á misa, y entró á oirla en la capilla de los duques de Ballester, donde se levantaba un sepulcro *con esta breve inscripcion en la lengua de los Horacios* (segun nos cuenta en su novela.)

Optimo duci de Ballester,

decia la inscripcion del amigo Tajueco en un latin de lo mas macarrónico que se conoce. *Eso de Ballester*, puro español, en vez de *Ballesteriensi*, en locucion que quiere ser latina, nos recuerda que en la portada de la iglesia de las Descalzas hay otra inscripcion que dice: *Santa-Ecclesia sub titulo De la Piedad*: parte en la lengua de la antigua Roma, y parte en la moderna castellana.

El señor Tajueco, que siempre elogia mucho sus cosas, dice que la inscripcion *Optimo duci de Ballester* estaba compuesta en el habla de los Horacios; y en esto tiene mucha razon. En la lengua de Horacio el famoso lirico venusino, no será; pero en la de los Horacios y los Curiaios que no han existido, segun Nieburh, sí señor.

EL PINTOR UTRERA.

Pero nuestro novelista, aunque de tal modo ha descubierto la erudicion latina que atesora para hacer con ella grandes cosas, al ver esto del sepulcro dió (segun dice) *un grito seco y astringente*, despues de haber escuchado antes los *astringentes silvidos de la corneja*.

Esto de que los gritos sean *astringentes* y *secos* además, nos obliga á creer que los hay *mojados y lacsantes*. Sobre la virtud de *astringir* que tienen los gritos, pudiera el señor Tajueco componer un tratadito médico para bien de la humanidad enferma. Mucho debió gustar al señor Tajueco la idea de la *astringencia* de los gritos, cuando á la pobre corneja le dió tambien silvidos *astringentes*.

Pero ya este animalito debería haberse ido á dormir en vez de estar silvando, puesto que *el astro de la vida habia ocultado los bucles de su rubia cabellera entre los montes de ayua* (segun nos refiere el señor Tajueco.)

El sol, á quien los poetas han regalado rizos, madejas de oro de ofir y luengos cabellos, bien puedo tener sus *bucles* para los dias de fiesta, en que quiere presentarse mas aderezadito que de ordinario suele.

La otra tarde nuestro amigo el poeta suso-espresado estaba de paseo en el campo, á tiempo que el regimiento de Artillería pasaba lista, á la hora que el sol parece que se esconde entre las aguas del mar.

Unas señoritas muy donosas, al ver al autor de *El águila de las tres cabezas*, no pudieron menos de decirnos: «*Veán ustedes al señor Tajueco cómo contempla al sol ahora que se vá á acostar y se está poniendo papilotes para tener mañana buenos bucles.*»

Segun se deduce de lo dicho, la dolencia del señor Tajueco sigue de mal en peor. Por tanto, es muy posible que para el inmediato domingo se verifique una junta de los mas acreditados doctores que existen en Cádiz y sus contornos, con el fin de atajar la violencia de la calentura literaria que atormenta de un modo tan inusitado al señor don Emilio Tajueco Gallardo.

En Madrid ha publicado el erudito anticuario don Basilio Sebastian Castellanos la *Biografía de DON JOSÉ UTRERA Y CÁRDENAS, pintor gaditano*, cuyo cuadro de *Guzman el Bueno* en el acto de arrojar desde los muros de Tarifa su propio puñal, para que con él quitasen la vida á su hijo en el campo moro, tanto llamó la atencion de los artistas de la corte. El jóven Utrera falleció en la temprana edad de veinte años, dejando para memoria de su talento el mencionado cuadro de *Guzman el Bueno* y otras pinturas de no menos mérito.

La obra maestra de Utrera fué adquirida por S. M. la Reina para su palacio de Madrid, despues de oir el dictámen de sus pintores de cámara don Vicente Lopez y don José Madrazo.

La *Biografía de Utrera*, escrita por el señor Castellanos, es á la par un digno panegirico del mérito de aquel malogrado artista.

JUAN PERILLAN.

NOVELA ORIGINAL.

Capítulo sétimo.

Continúa la narracion de los sucesos empezados á contar en el capítulo anterior.

Luego que la jóven hija del diputado se vió junta con su padre en la encantadora ciudad del Guadalquivir, fué visitada por el baron, quien cada dia la miraba con mas afecto y con mayor cariño. La jóven por su parte no era indiferente á los rendimientos del título de Castilla; de modo, que aunque no se habia pronunciado entre ambos la palabra amor, este existia de hecho y por instantes iba acrecentando su imperio en los corazones de los

dos jóvenes. No se escapaba esto á la observacion del diputado. En su modesto retiro, sin bienes de qué sostenerse, pues los muchos suyos habian caído en manos del fisco, como los de los demás representantes del país que habian votado la incapacidad del monarca para seguir ocupando el trono, miraba como á su ángel tutelar al agradecido baron de Amalte, cuyas visitas eran el único consuelo que templaba todos sus sinsabores. El tiempo fué relajando la riguridad de los realistas, y aunque el diputado no se presentaba en público, no era un secreto para algunas personas su existencia en Sevilla. Fué visitado de alguno que otro amigo, aunque en escasísimo número, por el miedo que inspiraba el tratarse con quien en tan alto grado habia hecho demostracion de sus opiniones liberales. Entre estas pocas personas, hubo un jóven abogado que se hizo mas notable por su frecuencia en presentarse en la casa; pero al poco tiempo demostró el objeto que á ella lo llevaba. Este objeto era la hermosura de la jóven á la que empezó á manifestar una vivísima pasion. Ella no correspondió á los rendimientos del abogado, y sea porque estuviese aficionado al baron, ó porque el nuevo adorador careciese de las dotes necesarias para hacerse amar, ello fué que desechó sus proposiciones amorosas, negándose á corresponderle. La negativa acrecentó la solicitud del jurisconsulto hasta el punto de rayar en una especie de delirio, que se redoblaba cuanto mas inflexible se mostraba la jóven, y cuanto mas era de conocer que la negativa consistia en la existencia de otro amor mas dichoso.

El baron pidió al diputado la mano de su hija, que le fué sin obstáculo concedida, no sin consultar la voluntad de la jóven, que luego se manifestó propicia á la consumacion del enlace que se le proponia. Era el baron jóven, amable, de bello continente y de finísimo trato, si bien adolecia de un carácter sobradamente inflexible; carácter que no habia sido percibido del diputado ni de su hija, en razon de que un amante rara vez deja de ofrecerse á los ojos del objeto de su amor, no como es, sino como debiera ser.

Se fijó el día del casamiento del baron y de la jóven, y todo respiraba alegría y contento en aquella casa y en la del noble pretendiente, cuyo corazon cada vez se hallaba mas cautivo y aprisionado en las dulces ca-

denas del amor. En tanto un hombre gemia y se abrasaba en celos con una lastimosa violencia. Este hombre era el abogado, á quien el mismo baron, como amigo suyo, dió noticia de su dicha, ignorando que hablaba con un rival. Una tarde se hallaba la jóven sola en su gabinete, cuyas ventanas daban á un ameno jardin. Era la estacion de las flores. Su regalado perfume embalsamaba el ambiente, y los trinos de mil harpados jilguerillos que revoloteando en las copas de los árboles, buscaban sitio en donde pasar la noche, y se despedían con sus variados cantos de los últimos rayos del sol poniente, prestaban tal encanto á la apacible morada en que se hallaba la jóven, que no era mucho que ésta, reclinada en un sofá, estuviese como trasportada agradablemente en dulces y halagüeñas sensaciones. De pronto se presenta en la habitacion el despreciado jurisconsulto, sacando con su presencia á la jóven de la especie de sueño en que se encontraba. Su primer movimiento fué incorporarse para tirar del cordon de la campanilla; pero el abogado se interpuso diciendo:—Señorita, necesito hablar con usted á solas por breves instantes.—Su semblante estaba demudado, sus ojos parecian querer escaparse de sus órbitas, sus labios secos y balbucientes y la mano que tocó la de la jóven para impedir que llamára, estaba mas fria que el hielo. La jóven lo miraba sobresaltada, y apenas tuvo resolucion para decirle:—Hable usted.—Seré breve, repuso el abogado, y dejándose caer sobre una silla, se espresó de esta manera:—Es una locura, un paso de desesperacion el que doy. A los ojos de usted apareceré como un hombre temerario y sin miramiento alguno; pero no exija usted ninguna razon en quien, como yo, ama sin esperanza y viendo desaparecer para siempre al ángel de sus ensueños. No es amor, es idolatria lo que usted me ha inspirado: mis súplicas, mis rendimientos nada han conseguido en ese pecho, para mí mucho mas cruel que el de Neron. Siempre inflexible, siempre dura para conmigo, no solo me ha desdenado usted, no solo me ha despreciado, sino que para cerrar la última puerta á mis esperanzas, va usted á dar su mano al baron de Amalte. Comprendo que á la altura á que han llegado los compromisos, es un imposible que usted me mire con ojos de piedad, ya que no sean con los del amor. Pero

yo debo hacer el último esfuerzo para salvarme, para librarme de la muerte que me amenaza con la pérdida de usted.—La jóven lo escuchaba con asombro y aun cuando varias veces quiso interrumpirlo, no lo pudo conseguir en razon de la velocidad con que el abogado expresaba sus sentimientos. Sin embargo, las últimas palabras que hemos copiado fueron seguidas de una breve pausa, aprovechada por la jóven para decirle:—Siento, caballero, que se encuentre en semejante estado: Dios sabe que quisiera no haberle inspirado pasion alguna; antes bien desearia me aborreciese, si de ello habia de resultar alguna tranquilidad para usted.—Y al decir esto tiró de pronto del cordon de la campanilla, sin que el abogado que la escuchaba como atónito, tuviera tiempo para impedirlo. Al sonido púsose de pronto en pié y con voz medio sofocada exclamó:—Esto es arrojarme de su presencia, esto es matarme. Pues bien; tenga usted muy presente lo que la digo; si usted dá la mano al baron, yo me vengaré de tamaña crueldad.—Acompañó estas palabras con tales miradas, y revelaba en su fisonomia tanto despecho, que la jóven se horrorizó y aun hubiera caido desmayada de terror, si instantáneamente no hubiese acudido al llamamiento de la campanilla una de las criadas de la casa. Al verla entrar se despidió el abogado, cayendo la jóven en el sofá, toda demudada y afectada en extremo. Continúo en semejante estado, sin responder á cuantas solicitudes interrogaciones le dirigia la sirviente, y asi hubiera permanecido por mucho tiempo, si no hubiesen anunciado la visita del baron, á cuyo nombre se reanimó la jóven, disipándose la angustia que lo sobrecojia.

El enlace se celebró á la semana siguiente. Cuanto el mas esquisito gusto pudiera inventar de lujo y de magnificencia, todo se vió en la casa del baron, cuya prodigalidad rayó hasta lo sumo, para solemnizar aquel fausto acontecimiento. Músicas, bailes, convites repetidos, giras á los campos inmediatos á la ciudad, todo tuvo lugar, siendo infinito el número de convidados, é infinitos los plácemes que recibian los conyuges, pareciendo haber tocado al colmo de la felicidad. Solo un convidado, que jamás faltaba á ninguno de los bailes, giras y banquetes, se presentaba con la faz sombría y llena de amargura. Este era el abogado, á cuya vista mas de una vez la jóven su puso pálida,

como presagiando algun grave mal para ella. Temiendo acibarar la dicha de su esposo, no se atrevió á revelarle nada de la entrevista amenazante del juriconsulto; y así se le recibia en la casa con la misma amabilidad de siempre, pues, como hemos dicho, era amigo del baron. De este modo transcurrieron cuatro meses, sin que una noche siquiera el desairado amante dejara de rondar la casa en que habitaban los dos felices esposos; bien como un ave de mal agüero vuela en derredor del sitio en donde ha de acontecer alguna gran desgracia.

Una de estas noches en que el baron habia salido de su casa, dejando en ella á su feliz consorte, se hallaba ésta sola en su habitacion, leyendo una de las trágicas novelas del vizconde de Arlincourt, que entónces se hallaba en gran boga, principalmente entre el bello séxo. De pronto siente pasos y al volver la cabeza para enterarse del ruido que le habia llamado la atencion, vé detrás de la butaca en que estaba sentada, al jóven abogado, inmóvil como una estátua y pálido como un cadáver.—¿Qué busca usted aqui? le preguntó la jóven sobresaltada y levantándose de su asiento.—Oh! respondió el abogado con una amarga sonrisa, busco mi venganza. ¿Se acuerda usted de mis postreras palabras en nuestra última entrevista? Pues fueron estas: Si usted dá la mano al baron yo me vengaré de tamaña crueldad.—La jóven corrió á tirar de la campanilla, y el abogado, sin abandonar su sonrisa, le dijo:—Es inútil; he cortado la comunicacion del tiro.—Ah! exclamó ella, y se dirigió á la puerta.—Tambien es inútil; continuó el amante, la tengo cerrada; hé aqui la llave.—Gritaré.—Mejor.—Pero, ¿qué quiero usted de mí?—¿Qué quiero? dijo el abogado: quiero vengarme. Cuatro meses he esperado ocasion para cumplir mi intento. No penseis que vengo aqui á atropellar el pudor de usted, porque ya no me satisfaria segun los tormentos que por tanto tiempo han destrozado mi alma. Necesito otra cosa: vuestro esposo es feliz y quiero disipar su alegría, engendrando en su pecho la horrible pasion de los celos. Usted se contempla dichosa y es preciso para mi venganza que pruebe algunas de las amarguras que yo he probado.—Cada una de estas palabras helaba en sus venas la sangre de la jóven, que asombrada no podia darse cuenta á si propia de lo que le estaba sucediendo.—Oh! y me ven-

garé, prosiguió el abogado. Esta tarde al salir de la visita que hice al baron y al atravesar la salita inmediata, encontré la ocasion propicia á mi objeto, viendo abierto un guardarropa, en el cual me oculté cuidadosamente. Desde mi escondite he oido despedirse de usted al baron para volver pronto, y he oido tambien el beso que regaló á usted, cuyo eco penetró en mi alma para alentarme mas y mas en mi propósito. El esposo volverá ahora, llamará y oirá dentro de la habitacion de la esposa la voz de un hombre. Tardará en abrirse la puerta y el hombre habrá desaparecido por esa otra que conduce al jardin. Entrará y hallará demandada á la esposa. Si ésta le dice quién es el hombre que estaba en la habitacion, el esposo que es un caballero, que es noble y que tiene un carácter irascible, retará al hombre y el hombre lo matará, porque un desesperado es mucho mas valiente que quien no lo está. Si el muerto es el que infirió la ofensa, es el que profanó la habitacion de la esposa, ¿qué es la muerte para quien ya se habria suicidado, á no ser porque meditaba vengarse? Entretanto el mundo se habrá enterado de todo, de la manera que se entera, esto es, no creyendo la verdad, porque al cabo la malicia comentará á su modo el hecho de ocurrir un desafío, en razon de que el esposo supo que un hombre habia estado á solas con la esposa en su habitacion.

La jóven queria gritar y sus labios no articulaban palabra; queria andar y sus piés no la obedecian. Como habia previsto el vengativo abogado, el baron tocó á la puerta de vuelta de la calle. Sintió la voz de un hombre y gritó desde fuera redoblando sus llamadas, que fueron en aumento segun que mas se tardaba en abrirle. El abogado se dirigió á la puerta que conducia al jardin, y antes de desaparecer arrojó al suelo y á los piés de la jóven la llave de la habitacion, y sobre la cama una petaca media llena de cigarros. Fuese y la jóven como por máquina cogió la llave y dió entrada al baron que frenéticamente entró preguntando:—¿Quién estaba aqui?—La jóven no encontraba frase alguna que pronunciar: estaba medio muerta, casi no respiraba, y tal estado aumentaba la ira del esposo, quien asióndola fuertemente del brazo derecho y llevándola hasta el medio de la habitacion, tornó á preguntarle con terrible acento:—¿Qué hombre era ese que estaba con-

tigo?—La jóven no pudo resistir mas y cayó en el suelo desmayada. El baron entónces la suspende por debajo de los brazos y la arroja con impetu sobre la cama, poniendo al verificarlo su mano derecha sobre la petaca del abogado. Una vívora que le hubiera clavado su aguijon venenoso, no pudiera haberlo producido mas grande sensacion. Corre con la petaca cerca de la luz para reconocerla; busca la cifra ó señal que le revelara el nombre del dueño y nada encuentra. La tira sobre una mesa y medio loco saca del cajon de ésta un afilado puñal, corriendo al lecho en que la esposa se destrozaba con los atroces movimientos de una furiosa convulsion. Llega hasta ella y de pronto se detiene; deja caer el arma, y como si lo hubiera convertido en piedra, quedó inmóvil junto al lecho, con la vista fija en la jóven, y sin acudir á su socorro. En semejante actitud permaneció casi media hora; tiempo que la esposa tardó en volver en sí, clavando amargamente su primera mirada en el baron. Los dos guardaron un profundo silencio, hasta que él, haciendo un esfuerzo para hablar, se espresó gravemente de esta manera:—Son mas que sospechas, y las sospechas son para mí lo mismo que las mas claras evidencias. Desde ahora quedamos separados completamente: nuestros lechos serán distintos. Si consiento que permanezca usted en mi casa, no es por usted, sino porque al arrojarla de aquí tendria que publicar la causa, y esta me ridiculizaria á los ojos de la sociedad.—Y diciendo esto volvió la espalda saliendo de la habitacion.

Hay almas que aterradas con una desgracia recobran su rigor primero con otra desgracia mas grande. Esto sucedió á la bella jóven: las palabras del baron hirieron su orgullo en lo mas vivo, y desde aquel momento, juzgándose mas agraviada con lo que acababa de oír que no con cuanto le habia pasado, formó el propósito de no dar satisfaccion alguna al baron, ni sincerarse de nada. Sepultó su secreto en lo mas profundo del pecho, con tal severidad que jamás habló palabra de lo acaecido á su esposo, quien por su parte por mas que pasó mucho tiempo, no templó con lo mas minimo el rigor de la propuesta separacion. Casados para el mundo, no lo estaban en realidad en el hogar doméstico, cuya situacion fué labrando de tal manera en el ánimo de la jóven, que enfermó y estuvo á las puertas del sepulcro.

El baron entónces, sin alterar en nada su desvio, empezó á hablar á la jóven, y á tratarla como á una amiga, buscando en los brazos de otra muger la felicidad que habia perdido en los de la suya. De todo se siguió el enfriamiento de la proteccion que dispensaba al diputado, padre de la jóven, el cual á resultas de un conato revolucionario ocurrido en Cádiz en 1831, fué preso, permaneciendo en la cárcel de Sevilla por espacio de dos años.

Mis lectores habrán reconocido en la jóven á la hermosísima Sabea. El diputado era el marqués de la Granda, cuya muerte nos refirió Perillan cuando nos dijo el cómo habia aprendido á leer y á escribir con otros útiles y provechosos conocimientos; y el abogado es el herido en el duelo de Macías, cuya secreta causa narraré en tiempo y sazón convenientes.

Volvamos ahora la vista á Perillan que lo dejamos caminando con la carta de Macías y para cumplir su compromiso revolucionario, en busca de la casa del baron de Amalte.

F. S. DEL ARCO.

(Continuad.)

TEATRO PRINCIPAL.

Dos veces se ha oido esta semana *Los dos Foscari*, partitura que aun cuando tiene algunas piezas de mérito, no es de las que mas han llenado en Cádiz, sin embargo de que ha estado bien ejecutada, principalmente por parte de la señora Raquel Agostini y del señor Assoni. La primera cantó con gran espresion é inteligencia, señalándose muy particularmente en el terceto del segundo acto, donde arrancó no pocos aplausos, y tambien en el ária del tercero, en donde estuvo muy feliz, aprovechando la ocasion de lucir sus buenos puntos altos. En cuanto al señor Assoni, no hay duda que llenó perfectamente su papel como cantante, no dejando nada que desear. Sea por que es de las óperas que mas ha ejecutado,

sea porque la parte que desempeña se halla muy en su cuerda, el resultado es que nunca le hemos oido con mas gusto que cuando canta *Los dos Foscari*. En el terceto del segundo acto supo muy bien ostentar sus buenas facultades, correspondiéndole no la menor parte de los justos aplausos con que el público supo recompensar á los cantantes por el buen desempeño de esta pieza. Pero en nuestro pobre juicio, donde mas desplegó el barítono todas sus dotes, donde estuvo realmente felicísimo fué en el ária final del tercer acto; y sin embargo, no alcanzó allí muchos aplausos. Quizá sea porque la música de esta ópera no es de las que producen grande impresion, y así aun cuando la ejecucion sea muy buena se queda frio el espectador, y cuando esto sucede no está muy dispuesto á dar señales de aprobacion. Al señor Volpini lo hemos encontrado bastante mejor que en la *Lucia*; sin embargo, necesita su voz todavia algun descanso. Se conoce que ha estado violentada, y aunque sus puntos altos son buenos y claros, los medios son débiles y pardos. No obstante; fuerza es conocer que canta con espresion y gusto, lo cual no deja de contribuir á que se le dispensen algunos defectos.

Ayer noche debió haberse ojeutado la *Maria Padilla*, pero no nos es dable hablar de su desempeño, porque el sábado por la tarde queda ticada *La Tertulia*, es decir, antes de la representacion de la mencionada ópera.

Y apropósito de ópera; permítanos la empresa que le hagamos esta pregunta. ¿Porqué se retarda tanto la salida á la escena de la señora Emilia Agostini, siendo así que estaba en el interés de la misma empresa que se presentara al público una cantante nueva, á fin de que sea atraida por la novedad la concurrencia de que tanto necesita el teatro?

Anécdota curiosa.

El señor Tajueco publicó en *El Progreso* del domingo último un reto literario á muerte, dirigido á don Adolfo de Castro. Su objeto era

que este señor compusiese una poesía sobre un asunto dado: el señor Tajueco se obligaba á componer otra á guisa de las planas de palotes ó puntillos que escriben á competencia los niños en la escuela. Remitió el señor Tajueco al *Nacional* el mencionado reto; pero los redactores de este periódico que son hombres que entienden la aguja de marear, rompieron el artículo del vate y le devolvieron los pedazos con este sobre: «*Al señor don Emilio Tajueco, redactor supernumerario de El Progreso.*» Dentro del mencionado sobre pusieron un papelito que decía: «*Esto parece una competencia de plana de imperio. Vaya usted á divertirse con un trompo y con un cuarto de guita, y no con personas que se afeitan.*»

Nada ha respondido hasta ahora el señor Tajueco á la filípica que le enviaron los redactores de *El Nacional*. Esto ha sido obra de la prudencia.

Santo silencio profeso:
no quiero, amigos, hablar;
pues vemos que por callar
á nadie se hizo proceso.

Concierto del señor Bazzini.

No sabemos hasta dónde puede llegar la perfección de un arte. Cuando el hombre alcanza en él hasta cierta altura, parece que ya no le es dado subir mas allá. Decimos esto á propósito del famoso violinista señor Bazzini, á quien tuvimos el gran placer de oír en el concierto que dió el viernes último en el salón de la Sociedad filarmónica. Después de haber escuchado al señor Bianchi, parecía increíble que hubiera quien lo aventajara como violinista. Las personas mas conocedoras de las dificultades del arte exclamaban entonces: «no es un violin el que toca el señor Bianchi, sino el instrumento que quiere hacer sonar. ¡Cuánta ejecución, qué gusto, qué afinación, qué canto!» Y ahora estas mismas personas á quienes hemos escuchado antes de escribir estas líneas, nos aseguran que el señor Bazzini ha dejado atrás al señor Bian-

chi. ¿Qué mas podemos decir en elogio de aquel, después de la justa admiración que manifestamos por este último?

Cinco piezas tocó el señor Bazzini en aquella deliciosa noche, todas á cual mas difíciles, y en todas dejó sorprendido al auditorio, el que á cada momento interrumpía al violinista con repetidos bravos y aplausos. Tal era el entusiasmo que producía, que muchas veces no podía aguardar hasta el fin de la pieza. Pero cuando llegó aquel á su colmo fué en la fantasía sobre la *Beatrice di Tenda*, en la cual, además de la admirable ejecución, hacia cantar al violin, asemejándole á la voz humana. Reciba, pues, nuestro mas sincero parabien el señor Bazzini, por los justos aplausos con que el público ha recompensado el relevante mérito de tan eminente artista.

Concluiremos dando el parabien á los señores de la Sociedad filarmónica, tanto por la ejecución de las piezas que tocaron en el concierto, cuanto por su desvelo en proteger á los artistas.

A última hora.

POR EXTRAORDINARIO. — Hemos recibido una cartita del señor Tajueco, en la que nos participa que está disgustado, pero muy disgustado, cuanto puede disgustarse con las críticas de *La Tertulia* acerca de su novela *El Aguila de las tres cabezas*. Esto demuestra que la dolencia literaria prosigue de mal en peor. Verémos si con la cura de hoy se alivia un poco el enfermo. Si los síntomas de la calentura continúan tan alarmantes, los remedios que emplearemos serán mas violentos y eficaces. ¡Cómo ha ser! Paciencia, hermano. Mas padeció Cristo por nosotros.